

Se da la correspondencia al Administrador D. G. Oser, Espíritu Santo, 18 — Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los corresponsales 2'50 la mano.



¿Qué tal, Duque?

—Muy bien, Cora; pero no sé a qué viene aumentar el volumen de lo que la naturaleza te ha concedido con tanta prodigalidad.

CARLOTA LEFÉVRE

POR K

Traducción de Emilio de la Cerda

(Conclusión)



ué había de extraordinario en estas palabras y que fuese particularmente aplicable á nuestras mutuas relaciones? Sea lo que fuese, aquellas palabras me produjeron profunda turbación.

El recuerdo de mil circunstancias que, al principio me habían parecido insignificantes, acudieron atropelladamente á mi memoria.

Esforzábame en querer dudar; deseaba atribuir ciertos celosos impulsos á un cariño puramente fraternal, pero los hechos venían á desmentirme.

Todo se aclaraba ante mis ojos.

Aquel largo y querido pasado de compañerismo, al que debíamos tan dulces momentos, acababa de desvanecerse.

Por segunda vez el amigo desaparecía delante de la mujer y el espíritu delante de la forma.

¿Me amaba? ¿Yo mismo estaba seguro de amarla?

Lo cierto es, que no queriendo hacer de ella mi mujer, tampoco quería que concluyese por ser mi querida.

Lo mezquino del sentimiento que podía entregármela me asustó. Durante tres días completos me abstuve de ir á verla; pero al cuarto, no pudiendo contenerme por más tiempo, fuí á su casa.

No estaba sola. La conversación parecía muy alegre, y los hombres que rodeaban á Carlota, la abrumaban con bromas, más ó menos espirituales acerca de lo que llamaban su frialdad.

Indudablemente su austeridad presente debía sorprender á los que conocían el origen de su fortuna.

Al principio trató de tomar las cosas á risa; pero los equívocos fueron en aumento, y pronto la conversación se hizo intolerable.

Frunció imperceptiblemente el ceño y con un ademán dió á entender que habían ido demasiado lejos.

Todos se callaron estupefactos ante la actitud altiva de Carlota, quien, después de restablecido el silencio dirigió en torno suyo una mirada burlona.

—Habéis concluido exclamó. Me dejaréis hablar á mi vez, ó quizás las mujeres de mi clase no merecen ser escuchadas. No, no prosigáis: adivino lo que vais á decir: para vosotros, una mujer que ha cometido una falta, aunque sea la única, es una mujer caída... en el concepto público, y que, por consiguiente, se debe á todos. Como yo, por ejemplo, porque yo he cometido esa falta. ¡Sí, yo he vendido mi juventud! ¡Sí, yo he comerciado con mi belleza! Y este techo que me da abrigo, esta casa á la que venís á reiros, todo esto representa mi infamia, la infamia de Carlota Lefèvre; pero yo os niego el derecho á echármela en cara. Lo que he hecho no ha sido estimulada por la pasión del lujo, ni vencida por una inclinación pasajera... ¡Yo hubiera querido veros en mi lugar...! Costase lo que costase, he querido vivir; y como esto no podía ser sino al precio de un sacrificio, del sacrificio de mi persona, he llevado á cabo ese sacrificio, he sacrificado mi persona como mi último recurso. Me engañaba tal vez, puesto que estas manchas no se borran jamás. Pero si no podía reparar la falta, he querido al menos recoger su precio, llegar á distinguirme por mi taletto, persuadirme á mí misma de que

no era una advenediza, que merecía respeto, y que, al entrar otra vez en la senda regular de la vida por mis esfuerzos y trabajos, no tendría nadie el derecho á arrojarme un insulto al rostro... Logrado esto, con lo demás nadie tiene absolutamente que ver.

Sus negros ojos despedían chispas; su voz, audaz y varonil, temblaba de ira. Yo la miré y nuestras miradas se cruzaron.

De pronto separó sus ojos de los míos y prorrumpió en una carcajada irónica.

Después continuó:

—¡Una estatua! ¡Heme aquí convertida en estatua porque no me cuido de aceptar los homenajes de éstos señores! Como si estuviese obligada á dar cuenta de mis sentimientos secretos y á hacer pública confesión de lo que pasa dentro de mí...

Habíase vuelto hacia mí, envolviéndome en una de esas miradas que fijan un porvenir y destruyen los más prudentes propósitos.

Aquella noche fuí uno de los primeros en despedirme de Carlota, pero fué para espiar el momento en que se quedase sola.

Cuando hubo salido el último de sus visitantes, volví á buscarla entre el desorden de su taller, que había vuelto á recobrar su habitual tranquilidad.

Estaba extendida en un sillón y parecía profundamente cansada.

Pero apenas me apercibió, saltó de su asiento y precipitándose en mis brazos, me dijo:

—¡Te esperaba!

III

Nuestra felicidad fué corta.

Carlota lo había dicho: ciertas manchas son imborrables.

Las miserias del pasado no tardaron en levantarse entre nosotros y nuestra unión fué lo que debía y podía ser en las condiciones en que nos hallábamos uno respecto del otro.

Celos, desconfianza, malas interpretaciones, todo se reunía para convertirla en un suplicio, suplicio tanto más cruel, cuánto que no teníamos el valor de terminarlo por un rompimiento.

Convengo en que fuí el primero que tuvo la culpa. Olvidé que Carlota era incapaz de mentir; que para ser dichoso era preciso fijarme para siempre en ella. Pero la pasión no razona; la mía me hizo pueril y egoísta. Abusaba de la ternura de Carlota, pidiéndola sacrificios absurdos, exigiéndola que rompiese con todas sus antiguas relaciones; cuidé de malquistarla con todos sus amigos, y en una palabra, desconociendo sus propios intereses y habiendo logrado hacer el vacío en torno suyo, como asimismo en torno mío, la molestaba con un espionaje penoso y sospechas injustas. Mi gran error estaba en olvidar que, siendo artista, amaba á una artista, y que el talento como el amor pueda compararse á una planta que no se desarrollaría privada de sol y de aire.

Otras pequeñeces dieron lugar á choques más graves. Por compartida que sea la ternura, la partida permanece siempre desigual entre una mujer distinguida que se entrega por amor y un hombre que acepta este amor sin querer ni poder pagarlo con un sacrificio.

La procedencia de la fortuna de Carlota, la imposibilidad de reemplazar esta fortuna con los exigüos recursos que yo poseía, todo contribuía á alejarme de la idea de un casamiento imposible.

Indudablemente, Carlota era el desinterés mismo,

pero tenía el orgullo de los que se niegan á plegarse servilmente á lo vulgar, porque se conocen superiores. Por su talento, como por su valor personal, creía tal vez poder pretender ser objeto de una excepción inadmisible. Las mujeres de este temple lo quieren todo, ó nada. Esta me hubiera despreciado, seguramente, si hubiese tenido la hipocresía ó el valor de poner su generosidad á prueba. Pero viéndome incapaz de sacrificarla mi felicidad, comenzó á dudar de mi sinceridad, de mi afecto y de mi estimación hacia ella. Su amor propio, herido, se sublevó. Silenciosas reservas provocadas por una acritud comprimida y por una irritación sorda, precedieron á esas escenas lamentables, en que se prescinde de toda dignidad, y en las que dos seres que se han amado apasionadamente y acaso no han dejado de amarse, se envilecen á sí mismos y no temen envilecer hasta el recuerdo de la dicha pasada.

**

La más viva ternura, el afecto más arraigado y poderoso, no podrían resistir á esas crisis espantosas, que sólo cesan para renovarse siempre. La vida, envenenada por la lucha, se transforma en un suplicio perpetuo, y el mío lo acrecentaban más las exigencias de mi familia, que maldecía de mi reunión con Carlota y la aborrecía, no sin motivo, como un obstáculo para que me estableciera ventajosa y dignamente.

Algo más doloroso aún sucedía. Nuestra inteligencia, que no estaba animada y sostenida por el esfuerzo de una voluntad enérgica, participaba de aquellas sombras en que se envolvían nuestras existencias. El único lazo que nos unía aún, se aflojaba de día en día, y éramos el uno para el otro personas vulgares, que viven juntas porque no pueden separarse sin sufrimientos y escándalo.

La salud de Carlota, el estado de languidez en que la veía sumida, se oponían, por otra parte, á todo proyecto de ruptura definitiva. No porque ella se quejase, pero sus fuerzas disminuían y se la veía aniquilarse. Su estado de abatimiento reanimó toda mi antigua ternura. Temí perderla, pero los médicos me tranquilizaron, porque no vieron gravedad alguna en su estado, y sólo aconsejaron un cambio de aires.

Los enfermos son caprichosos, y Carlota no quiso oír nada que se refiriese á dejar su casa, sino á condición de que fuésemos á los parajes que frecuentábamos en otros tiempos.

Sobre todo, quería volver á ver el país que cinco años antes había sido testigo de nuestras divagaciones acerca del amor.

Me apresuré á conducirla allí, y desde las ventanas de su casa, podía contemplar el agua temblorosa del estanque, á cuyos bordes nos habíamos sentado una tarde.

A pesar de mis ruegos y de las expresas recomendaciones del doctor, que la prohibió en absoluto exponerse al aire húmedo, este lugar lo había convertido en el punto favorito de sus paseos.

Un día en que me ví precisado á ausentarme la encontré á mi regreso inmóvil en el sitio en que la dejé por la mañana.

En el momento en que me vió hizo un esfuerzo para levantarse, pero sus fuerzas la hicieron traición y volvió á caer desfallecida sobre el banco.

Precipíteme hacia ella, quise reñirla, pero me contuvo la expresión de su rostro. No pude menos de rodearla con mis brazos.

— ¡Tú no quieres cuidarte, está visto, y ser razonable! exclamé con el corazón oprimido por la angustia.

Ella trató de sonreírse, pero sus facciones se alteraron y llevó con viveza la mano á su pecho como para sofocar el sollozo pronto á escapársele. Sus ojos permanecieron secos.

— Mírame, dijo; ¿crees tú seriamente que con esta cara puedo curarme?

Estrechaba convulsivamente mi mano y clavaba en mi sus ojos, aún más agrandados por la fiebre.

Me estremecí, pues llegué á comprender que estaba perdida.

— No es más que cuestión de tiempo, continuó; es asunto de algunos días. Hace tiempo que estoy herida de muerte, mi pobre amigo. Mi mal data de larga fecha. He padecido, he sufrido mucho. Tales emociones quebrantan, y para resistirlas, hubiera sido preciso ser una mala mujer, y tú lo sabes, yo no soy una mujer mala. He ido tirando largo tiempo; pero ahora esto va de prisa. Tranquilízate, nada he hecho para matarme; pero ahora, declarado el mal, confieso que tampoco he hecho nada para contenerlo. Créeme más vale así. Una vez separados, no es fácil reunirse. Para reunirnos nosotros era preciso que viniésemos aquí, á este lugar en que descubrí que te amaba y que probablemente no volveré ya. No llores. Nadie conduce los acontecimientos; los acontecimientos vienen por sí mismos. Yo he aprendido esto á espensas mías. Así es que no te culpo. A mí me tocaba marchar la primera. Dentro de poco yo sería un obstáculo para toda tu vida. Tú no tienes energía para dominar las circunstancias é imponerte á los que te rodean. Es preciso seguir el camino ordinario, hacerte dichoso á tu modo. Ida yo, volverás á recuperar tu talento, tu familia, tu fortuna, todo lo que he estado á punto de arrebatarte...

Carlota se detuvo, viendo que me destrozaba el corazón. Después, apoyándose en mi brazo, se levantó, contemplando por última vez el cuadro campestre, en el que resucitaba el pasado delante de ella, poblado de su séquito de mentidas esperanzas.

Ocho días después había dejado de sufrir.

Había muerto.

FIN

EL DIVORCIO

(Continuación)

Pues no lleguemos al caso extremo del adulterio ó del hastío de uno de los cónyuges como causas determinantes de esas rupturas de los lazos de la familia: concretémonos al caso muy frecuente de dos seres que, habiéndose tratado poco de solteros, se unen, y poco después comienzan á presentarse tales como son, con caracteres antitéticos ó extravagantes, ó tan violentos que hacen de su vida un perpetuo infierno. ¿Es justo, es razonable, es posible, es ni prudente siquiera que aquellos seres sigan viviendo unidos durante su vida? No: deben separarse. La felicidad, la tranquilidad de la existencia que con anhelo busca el hombre, no pueden hacerse depender de un acto irrevocable ejecutado inconscientemente ó irreflexivamente. Y si se separan, ya por convenio mutuo particular, ya con intervención de los tribunales, es justo, repito, que ese hombre y esa mujer se vean imposibilitados para siempre, y mientras los dos existan, para crearse una nueva familia bajo mejores auspicios, fundada sobre las más sólidas bases de la simpatía, del cariño, de la identidad de gustos, del conocimiento íntimo de los caracteres?

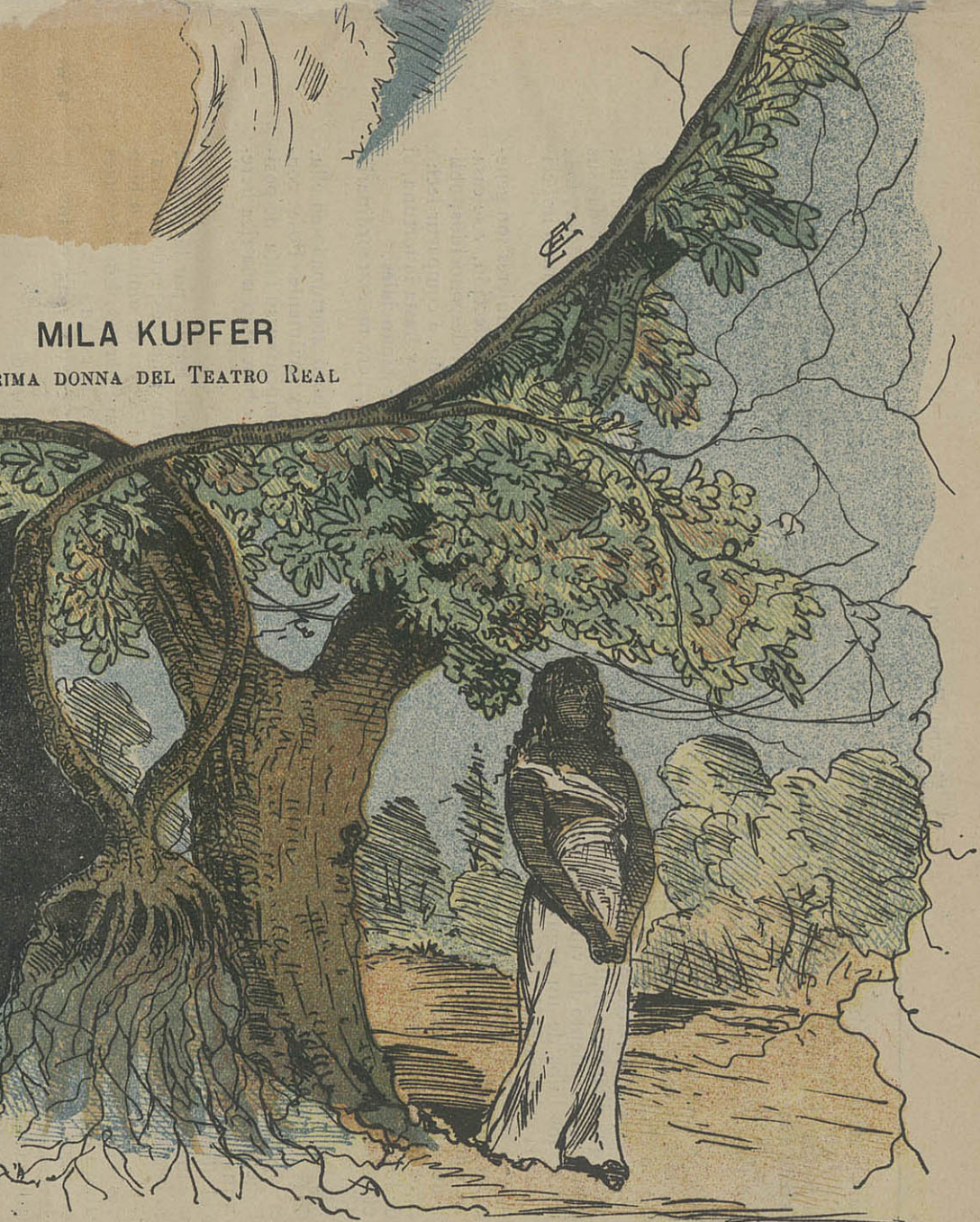
LA AFRICA



MILA KUPFER
PRIMA DONNA DEL TEATRO REAL



MAYERBER



¿Os parece mejor, más moral, más en armonía con el precepto divino, que ese hombre y esa mujer caigan en el fangal del libertinaje y de la prostitución, ó que se creen nuevos vínculos ilegales que ni la sociedad ni las leyes reconocen?

¡Que el divorcio absoluto es la ruína de los hijos! ¿Por qué?

El divorcio absoluto, la disolubilidad del lazo matrimonial, hace las veces de fallecimiento. ¿Y qué sucede cuando un viudo contrae nuevas nupcias? Que los nuevos hijos vienen á participar de la fortuna de su padre. ¿Pues qué diferencia halláis entre esta participación debida al casamiento del viudo, y á la que tendrían derecho los hijos de un segundo matrimonio viviendo aún la primera mujer? Y si la fortuna es de la esposa, y al separarse definitivamente de su marido recoge su hacienda y se casa y tiene nuevos hijos, ¿no son siempre éstos, en caso de viudez, sus herederos en unión de sus hermanos? Y los hijos adulterinos introducidos fraudulentamente en la familia, ¿no participan de los bienes del padre de sus hermanos? Y los que el marido procrea fuera del matrimonio y reconoce, ¿no tienen también derecho á una parte de la fortuna de su padre? Pues cuánto más correcto, cuanto más natural es que ya que existan hijos de cónyuges separados, puedan llevar alta la frente, ostentar el apellido de su padre ó de su madre y gozar de su fortuna con perfecto derecho?

¡Que el divorcio absoluto crea la bigamia!

Error y más error: la bigamia, propiamente dicha, es el trato con dos mujeres con las que se hace vida marital.

Señores diputados: al hablar de esto, debo mirar á la claraboya del salón, porque temo que mis ojos se fijen en algunos bigamos presentes.

Por desgracia, la bigamia existe en nuestra sociedad tan abundante, que apenas si encontraréis hoy un diez por ciento de casados que se concreten á un solo tálamo. Esas bigamias son cien veces más criminales que la poligamia oriental, porque ésta está autorizada por las leyes humanas y por los preceptos religiosos, mientras aquéllas están prohibidas por la ley del Dios de los cristianos, y la de los hombres.

¿Y sabéis de esas bigamias lo que resulta á menudo? Pues resulta carne para el presidio ó para el patíbulo, porque el hijo natural carece del amor, de la vigilancia del padre; como hijo del azar, en el azar vive, y hay noventa y nueve probabilidades contra una de que el hijo abandonado á sí mismo, sin hogar paterno, sin nombre, sin educación, vaya á engrosar la falange de perdidos que alimenta de criminales las prisiones y las capillas patibularias.

(Otra pausa y otro sorbo de agua. Varios diputados están pálidos, otros asienten á lo que dice el orador y se sonríen con satisfacción, pensando que pueda ser posible que pierdan de vista á su mujer y á su suegra).

Veamos, señores diputados, en qué condiciones se realizan la mayor parte de los casamientos.

Es raro el hombre que se casa por el deliberado propósito de buscar una compañera de su vida.

La mayor parte de los casamientos afectan ó una forma disfrazada del *rancontre* primitivo de que habla Pelletán, y de que ya he hecho mérito, con la diferencia de que, en vez del brusco ataque en la selva, de los tiempos prehistóricos, la civilización ha inventado la declaración previa, las relaciones más ó menos largas y el beneplácito de la hembra y de su familia.

Pero casi siempre es el desconocido, quien se aparece á la mujer, no ya vestido de pieles y desgredado y con el hacha de piedra al cinto, sino vestido de ter-

ciopelo, de raso ó de tricót; con melena, peluca rizada ó cabello partido y atusado, según la época.

¿De dónde viene aquel hombre? El era un astro errante por el mundo, que recorría la órbita de la vida sin sospechar que otro astro seguía la misma y que al fin se habían de encontrar en un punto dado: la Vicaría.

Pues este sér que pasaba mil veces al lado de su hoy esposa, sin sospechar que un día, aquella joven, había de compartir con él su existencia, es ese caballero que una casualidad introdujo en una familia, con todas sus buenas ó malas cualidades, todas sus virtudes ó vicios, todo su buen ó mal carácter, toda su educación ú ordinareiz, todo su talento ó imbecilidad.

La mujer le acepta, porque las mujeres son generalmente poco escrupulosas en la elección, y se casa.

Y aquí tenéis á dos seres casi desconocidos, obligados á vivir bajo el mismo techo, á compartir lecho y mesa, sufrimientos y alegrías, y hasta la fortuna, si ésta es susceptible de producir ganancias.

Otro caso algo más raro, pero no extraordinariamente raro.

Un joven sin carrera, ó poco afortunado en ella, desea hacer fortuna rápida y fácilmente. Posee condiciones seductoras, que compensan su falta de posición, y trata de crearse ésta buscando una rica heredera. Triunfa, y se casa.

Otro caso.

Dos familias íntimamente ligadas por la amistad ó el interés, proyectan casar á sus respectivos vástagos, bien para estrechar vínculos de amistad, ó bien para mancomunar y afianzar intereses. Los cónyuges no se aman, pero obedecen y se casan.

Otro caso, y ruego á los señores diputados me dispensen si...

(Voces en los escaños.) No, no.

(Continuará.)

RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

I

La llave robada

*¡Por que volvéis á la memoria mía
tristes recuerdos del placer perdido!*

¿Y por qué no he de dar á mi espíritu la dulce satisfacción de engolfarse en los recuerdos de un ayer que no volverá jamás, de dichas que pasaron por mi existencia como brisas suaves cargadas de perfumes, antes de que el helado viento de los desengaños secase hasta las raíces, esa planta lozana de la ilusión, que sólo brota en los vergeles de la juventud?

Voy siendo viejo: dentro de breves años habré terminado mi carrera, y de aquellos recuerdos no quedará nada, nada absolutamente, porque la mente que los conserva hoy como en caja de incorruptible cedro, habrá dejado de pensar.

Quiero, pues, dejar escritas estas memorias, como luminosa estela trazada sobre el mar de mi existencia. Así no se perderán del todo, y siempre, por poco que sea, habrán de sobrevivirme.

Allá van, pues, incoherentes, sin orden, sin plan alguno, tomados al acaso, como ellos brotan de mi memoria, y se elevan en este momento en medio de las azules espirales de humo de mi cigarro, en esos

breves instantes en que doy tregua á la lucha por la existencia que vengo sosteniendo, y me complazco en volver los ojos al pasado, apartándolos con horror de este presente preñado de zozobras y desencantos.

Recordar es soñar: soñemos, pues.

..

¡Si ella lee estas líneas, si la casualidad lleva á sus manos este MUNDO FEMENINO, este hijo querido de mis entrañas, que amamanto con tinta y lápiz, y exhibo al público cada diez días, cómo se ha de reír al recordar aquella escena! ¡Cómo ha de llorar comparando su triste presente con aquel tiempo tan feliz!

Llora, mujer, sí, llora y sea tu llanto el bautismo que te redima del pecado de haberme hecho tanto sufrir, después de tanto hacerme gozar.

Tenía yo dieciocho años: ella tenía uno menos que yo.

¡Qué de tonterías se dicen y se hacen á esa edad!

¡A esa solamente?

No; se dicen y se hacen toda la vida; muchas veces mayores cuanto mis viejos somos.

Me habían presentado en su casa, donde se reunían todas las noches hasta media docena de parejas amorosas.

¿Cómo empezaron nuestros amores?

No me acuerdo precisamente: por un galante discreto, por una broma, por una frase que se enredó en otra, y en otra, y que acabaron por convertirse en un manojo de flores bellísimas, como son las que se cogen en el jardín de los amores.

Nuestras almas aspiraron su perfume y se embriagaron con su aroma.

Ocho días después de conocernos nos amábamos.

Pero fué la nuestra una pasión súbita, impetuosa, voraz, como un incendio que se ceba en materias inflamables.

No sé qué rara atracción, que extraña simpatía nos arrastraba al uno hacia el otro con fuerza irresistible.

Las circunstancias en que se desarrollan estas pasiones deciden siempre de su suerte.

Hablábamos durante cuatro horas cada noche, en familia, y lo que entonces callábamos, pugnaba por salir á nuestros labios en la soledad.

Proyectamos una locura.

Hablarnos á las altas horas, cuando todo el mundo reposaba en la casa.

Y pusimos en práctica nuestro proyecto con verdadera exposición para mi persona.

Mi padre, que ejercía el cargo de juez de primera instancia en aquella ciudad, tenía tres reos de muerte en la cárcel.

Yo era, por consiguiente, un gran rehén para las familias de aquellos bandidos, en un pueblo que podía considerarse como la capital del bandolerismo andaluz.

Mi imprudencia pudo costarme cara.

¡Pero quién pide prudencia á dieciocho años y á un corazón enamorado por primera vez en su vida!

Salíame de mi casa cautelosamente, auxiliado por una bondadosa sirvienta, que me abría la puerta y la cerraba detrás de mí.

Ya en la calle, no corría, volaba hacia la casa de Lola, tal era el nombre de mi amada.

Ella me esperaba dormitando detrás de una reja tan alta, que apenas si distinguía su blanca silueta destacándose del fondo oscuro de la habitación.

Y con la cabeza echada atrás y el cuello dolorido,

pasábame tres ó cuatro horas cambiando con ella frases entrecortadas, y á media voz dichas, y mil veces repetidas, por la imposibilidad de entendernos á la primera.

Aquello era insostenible.

Lola me propuso hablar á los dueños de una tiendecita inmediata á su casa, un matrimonio joven, para que me permitiesen pasar á su patio, separado por una pequeña tapia del de la casa de mi novia.

Accedió aquella buena gente, y todas las noches llamaba quedo á la puerta de la tienda, me abrían y atravesaba el bajo de la casa, dirigiéndome al patio; subíame en una mesilla, y así dominaba la tapia.

Lola se situaba en una ventana del corredor, y desde allí podía hablarla y verla con tranquilidad, si nó con completa satisfacción.

Los días pasaban, nuestro amor crecía; un fuego intenso se había apoderado de nuestro sér.

Proyectábamos locuras.

¡Hasta casarnos!

¡No podía proyectarse otra mayor!

—Lola, ¿si yo saltase la tapia, vendrías tú á mi lado? la dije una noche en que la luna iluminándola por completo, me la ofrecía más blanca, más aérea, más ideal que nunca, como Margarita en la ventana de su jardín en el momento en que Fausto se arroja entre sus brazos.

—Imposible, me contestaba ella con voz temblorosa: la puerta del patio está cerrada con llave, que recoge mi padre todas las noches.

—¿Y la de la calle? proseguí yo ardiendo en deseos de verme á su lado sin testigos de vista.

—Esa...

—¡Qué!

—Está colgada en la antesala.

—¿Te atreves á dármela?

—¿Desde aquí? No es posible.

—Por el balcón.

—Temo...

—Nada temas, querida mía, yo te juro...

—¿Me amas mucho?

—¡No lo sabes! Mas que á mi vida.

—Amanece, retírate; hasta la noche.

—La llave...

—Esta noche... ¡adiós!

Lola me envió un beso con los dedos, descendí de la mesilla y me alejé de la casa soñando con mi próxima ventura.

..

Por la noche, en su casa, Lola se manifestó más cariñosa que nunca.

La pasión la cegaba como á mí.

Cuando me despedía de ella, convinimos en el medio de recibir la llave.

Desde su dormitorio, situado en el piso segundo, la dejaría caer pendiente de un cordón, que pasaría por un cristal que había roto á propósito para no abrir las hojas y no despertar á su hermana, que dormía en el mismo cuarto.

—Hasta luego, la dije: que no faltes.

—Hasta luego, me contestó ruborizada, pero con los ojos brillantes como dos ascuas.

..

Aquella noche mi madre se sintió enferma.

Era imposible acudir á la cita.

Luchaban en mí dos sentimientos opuestos: el

amor filial y el amor carnal hacia aquella mujer que me esperaba con la llave del paraíso, pendiente de un hilo.

Yo contaba, con tanta impaciencia como tristeza, las horas que el reloj de la parroquia próxima marcaba con planidero son en medio del silencio de la noche.

Amanecía cuando mi madre, ya más aliviada, nos rogó fuésemos á descansar.

Poco después, el sol empezaba á dorar la copa de un corpulento azofaifo que había en medio del patio de mi casa.

—¡Qué habrá pensado Lola! reflexionaba yo contemplando el cielo, iluminado por la espléndida luz de aquella mañana de Agosto.

Cuando comprendí que todos en la casa dormían, tomé el sombrero y salí á la calle.

¡Con qué ansiedad llegué á la casa de Lola!

Allí también dormían todos.

¡Hasta ella!

No sé por qué me molestó aquel sueño.

Hubiera deseado que la infeliz me esperase despierta toda la noche.

¡Qué egoísta es el amor y qué injustos los que aman!

Me paseé durante dos horas delante de sus balcones.

Inútil centinela; Lola no pareció en ninguno de ellos.

Cuando salió la criada, que iba al mercado, la detuve.

—¿Y la señorita Lola? la pregunté.

—Durmiendo todavía.

—¿Todavía!

—¡Como siempre! me contestó; ¿no sabe Vd. que se levanta todos los días á las diez? Son ahora las siete... con que...

Es verdad pensé; como se acuesta á las cinco todas las mañanas, pero hoy...

Retíreme de bastante mal humor.

No esperé á verla por la noche.

Como cosa extraordinaria, dejeme caer por su casa á medio día.

Lola me recibió con cara de pocos amigos.

—¿Qué tienes? la pregunté al saludarla?

—¡Qué quieres que tenga!

—¿Crees que te he faltado, ¿verdad?

—Pues no sé...

—Mi madre ha estado enferma esta noche pasada: no he podido dejar la casa hasta las cinco.

—Lo suficiente para que me pusieras en un compromiso terrible.

—¡Un compromiso!

—Espantoso.

—Explícate.

Entonces Lola, conteniendo á menudo la risa, y otras veces dando muestras de indignación; me refirió lo siguiente:

—Como te había prometido, con una ligereza en que sólo ahora he caído, y de la que me arrepiento con toda mi alma, cuando se recogieron mis padres, cogí la llave de la puerta, la até fuertemente á un cordón que tenía preparado y la eché por el balcón, conservando el otro extremo atado á la muñeca, y esperando sentir que tirabas para cortar el cordón, como quedamos; me desnudé y me acosté en mi cama. Confiada en que me despertaría al sentir el movimien-

to del cordón en mi brazo, me quedé dormida. ¡Llevo tantas noches ya casi en vela, que mi sueño fué profundísimo. De pronto siento una gran sacudida en la muñeca y me despierto. Con asombro ví que ya era de día. Las sacudidas continuaban cada vez más violentas. Quedé aterrada: era imposible que fueses tú el que tirase; parecía que querían destrozarme la mano á fuerza de tirones: el lazo con que tenía el cordón sujeto, era escurridizo, y cada vez se estrechaba más, hasta hacer agolparse la sangre á la mano, que comenzaba á ponerse morada. Tiraba yo del cordón, y más tiraban del otro extremo. Creí que me dislocaban la muñeca ó me la cortaban; traté de cortar la cuerda con los dientes y una sacudida feroz me la arrebató de la boca, haciéndome sangre en los labios. Tiraban y tiraban, y sin poderme contener, veía que me acercaba al balcón. Aquello era espantoso. Yo estaba en camisa y descalza, y me ví obligada á meter el cuerpo por el cristal para que, al verme, cesaran de tirar. Mi aparición por el cristal fué saludada por las carcajadas de tres gañanes que, al salir para las faenas del campo, debieron ver la llave y pugnaban por llevársela. Ya, uno de ellos, tenía una navaja en la mano y cortaba la cuerda á tiempo que yo me asomaba. Aquella fué mi salvación, si no, creo que todavía estoy de manifiesto en el balcón, donde me hubiera visto todo el que pasase. Tiré de la cuerda mientras ellos echaron á correr con la llave, y entonces pude buscar unas tijeras y cortar el lazo que ya se hundía en mi carne amoratada. Mira, parece que me han soldado la mano á la muñeca.

En efecto, Lola conservaba oculto un horroroso surco rojizo alrededor del brazo.

—¡Pobre Lola mial exclamé.

—Luego, continuó, tuve que despertar á Jacinta para que no alborotase al ver que la llave no estaba en su sitio, y decirla que yo la había perdido y que en vez de abrir como siempre el postigo, abriese de una vez el portalón, que se cierra con un grueso pasador.

—De modo que la llave...

—¡Ay, hijo! se ha perdido, pero más vale así; ¿no crees tú lo mismo?

—Yo...

Sí, créelo, querido mío; Dios ha permitido todo esto para advertirme la imprudencia que iba á cometer.

—Tal vez tengas razón, Lola.

..

Yo pude hacer que Lola se procurase la llave de la puerta del patio á falta de la de la calle.

¿Por qué no lo intenté?

No lo sé.

Hoy mismo tampoco sé si me alegro ó me arrepiento.

¡Se portó tan mal conmigo más tarde!...

E. DE LA CERDA.

ALFABETO ILUSTRADO

Bonito libro para regalos de niños, con infinitad de cromos, que puede servir para aprender á leer sin necesidad de profesor.

Precio: UN real

Al comercio, DOS PESETAS la docena, franco de porte. Los pedidos remitiendo el importe en libranzas, á D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

